

brosio; os imagináis sin duda alguna que no es posible encontrar mas generosa lealtad y elevacion de ánimo; para desengañaros os contaré una historia, en la que hallaréis el ejemplo de una conducta mucho mas sublime. Os he dicho mucho mal de las criadas en general, porque en efecto tales son por lo comun. No obstante os aseguro, que hay algunas de mucho juicio y virtud, y para convenceros os contaré la siguiente historia, que pudiera intitularse el Heroismo de la lealtad, y que casi he presenciado.

EL HEROISMO DE LA LEALTAD

HISTORIA VERDADERA



Bnuna de las provincias setentrionales de la Francia hay un rincon de tierra, en el cual el honor y la virtud sirven de leyes, y son causa de que los dichosos moradores de esta pacifica region gocen de una felicidad tan pura como inalterable... — ¡Oh mamá, qué país tan hermoso!... ¿Cómo se llama?... — Se llama S***. — ¿Y ha estado Vd. alguna vez en él? — Estuve siendo niña, y tuve el



gusto de contemplar tan dulce espectáculo. Allí vi á los cultivadores sencillos y laboriosos, en cuyos modales y lenguaje no se nota lo tosco y grosero de los aldeanos de otras partes. Allí vi todas las

madres tiernas y cuidadosas, todos los hijos agradecidos y obedientes, todas las jóvenes modestas; allí en fin la ambicion y la envidia son vicios no conocidos, y solo se encuentran la concordia, la union, la pureza de costumbres, y las virtudes, que hacian la felicidad de los hombres en los primeros siglos del mundo. El señor de esta tierra tenia una esposa digna á todas luces de habitarla. Madama de S*** tenia mucho juicio, una alma benéfica y un talento superior. Amaba el estudio, la lectura y el trabajo; bordaba, tejia, y cultivaba flores. Tenia en su jardin várias colmenas, las que cuidaba, criando tambien gusanos de seda. Encargada ademas del gobierno de su casa, se empleaba en él con mucho esmero, no omitiendo ninguna atencion por pequeña que fuese, por ser parte de las obligaciones de una mujer, y que por sí mismas son de bastante interes, sobre todo viviendo en un lugar. Visitaba con gran gusto su corral, su palomar y la lecheria, y hallaba en estos pormenores económicos diversion, instruccion, y medios para tener conveniencias, á pesar de una renta muy corta... — ¡Instruccion! mamá, interrumpió Carolina, ¿qué instruccion podia ser? — Una muy sólida. Ya sabes que la Historia natural es una ciencia muy dilatada; tiene, pues, esta ciencia gran número de cosas (y no son las ménos útiles y curiosas) cuya inteligencia naturalmente y sin estudio se adquiere; con solo vivir en el campo, y ocuparse en el cuidado del menaje se puede conseguir. La experiencia y los objetos nos instruyen mucho mejor que los libros. Muchas veces los libros solo nos dejan los nombres impresos; los hechos por el contrario, nos presentan ideas, y las estampan para siempre en la memoria. He conocido una señora en Paris, que despues de haber estudiado un año la Historia natural no hubiera podido distinguir las flores de un manzano de las de un guindo. Cualquiera que no haya vivido en el campo es por lo regular sumamente ignorante en muchos asuntos. En efecto, ¿cómo es posible estudiar las maravillas de la naturaleza en Paris, en donde solo se ven las frutas y legumbres en la plaza ó en nuestras mesas, y tal cual flor en tiestos? No es posible formar en las ciudades una idea cabal de la labranza y trabajo del campo, de sus diversiones pacíficas é inocentes, despreciadas solamente de aquellos que no las han disfrutado. Por esto ha dicho uno de los mejores escritores de estos tiempos: « Todo lo que apetecemos fuera de « aquello que la naturaleza nos puede dar, es trabajo, y no hay cosa

« gustosa fuera de aquello que ella misma nos ofrece¹. » — Pero, mamá, dijo Pulqueria, hay no obstante muchas personas que aman con pasión á Paris y el gran mundo; es regular pues que hallen gusto en esto. — Esas personas están en continua agitacion, y en una especie de delirio que les priva no solo de la facultad de pensar, sino tambien de la de sentir : no es posible en semejante estado lograr felicidad alguna, porque esa situacion es efecto de una imaginacion desarreglada, que entrega nuestro corazon á las pasiones mas violentas é impetuosas. — ¿Qué es pasión, mamá? — Es mirar alguna cosa ú objeto con una preferencia absolutamente exclusiva, que es como entregarse á un deseo desordenado. — Pero, mamá; algunas pasiones hay razonables y legítimas. — Algunas veces podrá no ser este exceso criminal, pero siempre será imprudente. Una mujer, por ejemplo, que quiere á su marido con pasión se halla en este caso. — Pues qué, ¿esta mujer obrará sin juicio? — Seguramente, y será muy infeliz, porque no hay felicidad donde falta la razon. — No obstante, mamá, se ha de amar á su marido de todo corazon. — Es muy cierto. — ¿Cómo Vd. quiere á papá? — Sin duda alguna. — Pues bien; Vd. le prefiere á todo. — ¿Qué llamas preferirle á todo? ¿preferencia exclusiva como he dicho poco hace? — Pero mas quiere Vd. un cuarto de hora de conversacion con papá, que no tocar el clave, leer, pasearse... — No lo niego, prefiero su conversacion, ó el solo gusto de verle, á todas las diversiones del mundo; y aun digo mas : aprecio mas su felicidad que la mia. — Pues qué ¿eso no es pasión? — No por cierto. — ¿Pues qué mas haria una pasión? — Haria hacer extravagancias. Para daros una idéa de esto : ¿no conocéis á madama de Orgimon? — Sí, señora, ¿no es aquella señora cuyo marido hizo un viaje á Rusia el año pasado, y que Vd. fué á consolar porque estaba mala en la cama de pesadumbre? — Esa misma; y eso es lo que llamo pasión. Esta pasión quita el valor y la fuerza, y es causa de que no se puedan tolerar los trabajos. — No obstante, no podemos impedir tener calentura. — No, pero cuando no nos dejamos dominar de una pasión, una ausencia no da calentura, porque nos valemos de la razon, y nos resignamos con nuestro estado. Madama de Orgimon quiere á su marido con preferencia verdaderamente exclu-

¹ El conde de Buffon.

siva; no solo prefiere su trato al de otro cualquiera, sino que no hay sociedad ni trato que pueda gustarle sin su marido. No abandonará el gusto de verle por emplearse en la crianza de sus hijos. — No es Vd. así, mamá mia; no obstante tiene Vd. tanto amor á papá como madama de Orgimon puede tener á su marido, puesto que prefiere Vd. el bien de papá al suyo propio. Madama de Orgimon quiere mas, pero Vd. quiere mejor. Veo tambien por este ejemplo que una pasión, aun siendo legítima, nos puede hacer incurrir en bastantes faltas, sin contar que nos puede hacer estar enfermos... no cuidar de los hijos, y despues tener calentura; todo eso no vale nada. — Toda pasión, sea la que fuese, nos priva de la razon, y por consiguiente nos extravía mas ó ménos segun las circunstancias. — Mamá, ¿podemos estorbar el tener pasiones?... — Seguramente, y aun todas ellas son obra nuestra : como solo se fortifican poco á poco, fácil nos sería destruirlas en sus principios. Cuando conocemos que una inclinacion nos domina demasiado, es menester al punto vencerla, y... — Pero ¿en qué se conoce una pasión en sus principios? — Se conoce cuando nos sentimos inclinados á preferir un objeto, una diversion ó un gusto á alguna de nuestras obligaciones. — Con que segun eso, dijo Pulqueria, estoy llena de pasiones, porque si pudiera muchas veces dejaria mis lecciones por irme á pasear, á jugar con la muñeca, con mi canario, con mi perrita, con... — Eso solamente prueba que algunas veces te fastidia el estudio, lo que á tu edad no es extraño; pero si en vez de tu canario, tu perra, etc., te dieran otras diversiones, no los echarias ménos; no tienes aun para estas cosas verdadera preferencia, y por tanto ni tampoco pasión; eres inconstante, alborotada y perezosa, y nada mas. — ¡Ah! ya lo entiendo, es preciso un principio de preferencia, y ademas un deseo determinado de faltar á nuestras obligaciones. — Así es. — ¿Si por casualidad siendo ya grande prefiriese el estudio á toda otra diversion, tendria que vencer esta preferencia? — No por cierto, porque esa preferencia sería muy fundada. — Pues bien, mamá, vea Vd. ya una pasión lícita. — No por cierto : no es lo mismo una mera preferencia que una pasión. — Es verdad; se me habia olvidado que la pasión es causa de olvidarse de las obligaciones precisas. — Si el deseo de aprender y de instruirnos fuese causa del descuido en las obligaciones y deberes de la sociedad, entónces sería vituperable... la inclinacion mas legí-

tima, mas útil y pura, en llegando á ser pasion, deja de ser virtuosa. Las pasiones nos ciegan, nos hacen débiles, injustos y extravagantes. — ¡Eso es malo! Con que así, ¿cuando Vd. dice: quiero á mi Pulqueria con pasion es un modo de hablar? — Y cuando digo la quiero como una loca, ¿desearias que fuese así? — No por cierto, mamá, yo no quisiera que se volviese Vd. loca. — Por consiguiente fácilmente comprendéis por todo lo dicho que es incompatible tener una pasion y tener juicio, y que no hay pasion que no sea una especie de locura... Por tanto, decir: amo como una loca, amo con pasion, son frases del todo sinónimas; por consiguiente, ¿no serías cruel si deseases que te quisiera con pasion? Perderia yo en esto el juicio y la virtud, y tú no lograrías ningun aumento en mi ternura. Si me pidiesen mi vida para salvar la de cualquiera de vosotros tres, sacrificaría sin duda esta vida que vosotros hacéis tan feliz. Ejecutaria por vosotros todo lo que la pasion pueda inspirar de mas heroico; pero no faltaré por vuestro respeto á ninguna de mis obligaciones, esto es, que mi afecto solo puede elevarme, pero nunca podrá extraviarme ó envilecerme... ¿podriais acaso, hijos mios, exigir de mí otros sentimientos? — ¡Ah! no por cierto, mamá mia, exclamaron á un tiempo todos los niños arrojándose en los brazos de su madre, la que apretándolos tiernamente contra su pecho no pudo contener sus lágrimas al sentir correr por sus manos las de Pulqueria. Despues de un poco de silencio causado por el enternecimiento se volvió á la conversacion. Mamá, dijo César, aun tengo una pregunta que hacer á Vd. acerca de las pasiones. Cuando por desgracia nos abandonamos á una pasion, y esta es muy violenta, ¿se puede destruir? — No hay duda, porque no hay victoria que no podamos alcanzar de nosotros mismos cuando la deseamos de corazon. Pero en el caso de que hablas el esfuerzo es muy penoso. Es muy fácil preservarnos de las pasiones; pero una vez arraigadas cuesta mucho el vencerlas. — ¿Cuáles son los medios para preservarnos de ellas? — Se logra esto acostumbrándonos desde luego á consultar la razon, y venciéndonos en todas las cosas leves que le son contrárias, pensando á menudo que estamos continuamente á la vista de nuestro Criador, de ese Criador soberanamente sabio, á quien todo exceso desagrade; y pensando en fin que con los auxilios de la religion, el dominio sobre nosotros mismos, y la aficion al trabajo y al estudio, estamos para siempre libres de pasiones vio-

lentas. — Mamá, puesto que todo exceso, sea el que fuere, es vituperable; ¿es de admirar la conducta de Mr. de Lagaraye, aquel hombre extraordinario, de quien nos dijo Mr. Fremont que se retiró del mundo, é hizo de su quinta un hospital para los pobres enfermos, y los asistió toda su vida? — Se debe admirar sin duda alguna esa conducta, y reputarla como el dechado de la perfeccion. — Pues no obstante Mr. de Lagaraye llevaba la caridad hasta la pasion. — Comunmente solo se llaman pasion aquellos sentimientos interesados que tienen por principio nuestra propia satisfaccion; tales son la inclinacion que nos arrastra hácia ciertos objetos, ó el atractivo que hallamos en la posesion de otros, como la avaricia que se deleita en amontonar riquezas; ó el placer que disfrutamos en ciertas diversiones, tal es la pasion del juego; en fin varios vicios á los cuales con bastante impropiedad se da el nombre de pasion, como por ejemplo la cólera. Pero el amor á la humanidad es el mas desinteresado de todos los sentimientos; tanto es mas sublime cuanto es mas general é indeterminado. Enajenarse de todos sus bienes á favor de una persona que se ama, es hacer una accion noble y laudable, porque este sacrificio siempre es meritorio, pero dar todo lo que se posee á unos desdichados por los cuales ningun sentimiento particular nos interesa, excepto el de la compasion; dedicar á su servicio la vida; privarse por ellos de toda conveniencia y comodidad; tratarlos como hijos queridos únicamente porque padecen y son infelices, este es el objeto de una virtud verdaderamente heroica y divina. Llevada la beneficencia á este extremo, puede muy bien llamarse *pasion*; pero es una pasion muy distinta de todas las demas, porque es absolutamente desinteresada, puesto que solo produce acciones sublimes, y que en fin solo Dios puede inspirarla; porque sin la religion es imposible alcanzar este grado admirable de perfeccion... — Mamá, ¿si M. de Lagaraye hubiese tenido hijos habria podido dar toda su hacienda á los pobres? — No por cierto, porque ántes de todo se ha de cumplir con las obligaciones que nos impone la naturaleza; solo hubiera podido dar á los desdichados su sobrante; ademas de que obligado á educar sus hijos se hubiera visto en la imposibilidad de dedicarse al servicio de los pobres.

Mamá, dijo Carolina, ya que ha tenido Vd. la complacencia de responder á todas nuestras preguntas, espero que proseguirá la historia de madama de S***. — Con mucho gusto, pero no me

acuerdo en qué estábamos. — Nos había Vd. dicho que madama de S*** era feliz porque era benéfica; nos dijo Vd. también que vivía gustosa en el campo; que cultivaba flores, leía, trabajaba, y tenía colmenas, gusanos de seda... en esto estaba Vd... — Pues esta señora, contenta con su suerte, pasaba una vida tan inocente como tranquila. Siendo su marido poco acomodado de bienes de fortuna, no le podía dar mucho para socorrer á los desdichados; no obstante nunca se pasaba día sin que hiciese alguna buena obra. No había en el lugar ni médico ni cirujano; sabía algo de Botánica, había leído con atención la historia de las plantas usuales de Mr. Chomel, y sabía de memoria el *Aviso al Pueblo* de M. Tissot, obra igualmente apreciable y útil. No por estos conocimientos ejercía madama de S*** la medicina, porque siendo una ciencia que exige los mayores conocimientos prácticos y teóricos, ejercitarla sin ellos hubiera sido imprudencia y locura; pero á lo ménos visitaba los enfer-



6.57

mos, les estorbaba que hiciesen remedios peligrosos, y solía indicarles otros que no podían ser nocivos: les llevaba caldos, buen vino, ropa limpia, y los consolaba con su presencia, sus razones y huma-

nidad: veía por experiencia que, aunque con cortos medios, se puede hacer mucho bien; y que cuando se ha hecho todo el que se puede, se goza de toda la felicidad que la beneficencia puede dar de sí.

Tenia madama de S*** una criada llamada Mariana, que le servía hacia ya doce años: esta mujer era apreciable por su mucha honradez, su desinterés, y mucho afecto á su ama, cuyas virtudes y vida ejemplar imitaba. Bien es verdad que nunca había estado en París, y que nada había podido corromper ni alterar su buen fondo y natural bondad; madama de S*** la amaba tiernamente, y el deseo de hacerla feliz era uno de sus mayores cuidados. Mariana, de alguna mas edad que su ama, se lisonjeaba de acabar sus días sirviéndole; pero la Divina Providencia lo dispuso de otro modo. Cayó enferma madama de S*** de una dolencia que era leve en sus principios, pero que mal curada se hizo mortal. Consideró la muerte no solo sin horror, sino también con la serenidad propia de un alma virtuosa y penetrada de las verdades de la religión; y al mismo tiempo que todos los que la conocían se entregaban al justo dolor que les inspiraba la certeza en que estaban de perderla, ella manifestaba una tranquilidad inalterable. El régimen provechoso que seguía exactamente le alargó la vida algunos meses; el valor le prestaba fuerzas; no hizo cama, al contrario, se paseaba, leía, hacía venir como siempre varias niñas del lugar, á las que gustaba de instruir y hacerles trabajar, y conversaba con su querida Mariana. Recibía á menudo visitas de su párroco; su dulzura é igualdad de genio no la abandonaron jamas.

Una mañana de los hermosos días del mes de Mayo se levantó al amanecer, y acompañada de Mariana fué á pasearse al campo. Luego que llegaron á un cerro desde el cual se descubría una llanura deliciosa, se recostó sobre la yerba, y Mariana se sentó á su lado. A poco rato, levantándose y apoyándose sobre el brazo de Mariana, le dijo: ¡Cuánto me gusta este sitio! ¡Qué hermosa campiña! Mira, Mariana, mira aquel hermoso prado que tantas veces hemos paseado; en él fué cuando un día encontramos á la pobre abuela Verónica agobiada con el peso de un haz, y trayendo en la mano una pesada cesta llena de manzanas: tú le quitaste el haz, y yo, á pesar de su resistencia, le tomé la cesta, y de este modo la acompañamos á su choza. ¿Te acuerdas de lo alegres que íbamos hasta llegar á ella; del agradecimiento de la buena vieja, y del almuerzo que nos dió?...

Vuelve la vista á la derecha : mira allí la arboleda del estanque adonde en nuestra juventud íbamos tantas veces á pescar con la caña. Allí mismo hemos ido tambien muchas veces con Marta y la Isabelita, y hemos hecho tantas cestas de mimbres, que despues llenábamos de violetas, alelíes y avellanas... ¿No reparas allí abajo una cabaña? es la de Francisca. ¿Te acuerdas que hiciste en dos dias el vestido de novia que le regalé?... Un poco mas allá, á la izquierda, descubro la entrada del bosque que en los dias de fiesta, y por las hermosas noches del verano era el sitio de mi escuela. ¡ Oh qué ratos tan deliciosos he pasado allí rodeada de las niñas del lugar! ¡ Bien te acordarás de los cuentos tan largos que con tanta gracia nos referia Margarita, y de los romances que Honorina cantaba con tanta dulzura!... aquí cada objeto me representa aquellos venturosos dias... ¡ Y qué gratos me son en la situacion en que me hallo!

Al decir madama de S*** estas últimas palabras volvió Mariana la cabeza para ocultarle el llanto que no podía reprimir... Despues de un instante de silencio madama de S*** juntando las manos y levantándolas al cielo : ¡ Oh Dios mio! exclamó, tú á quien creo ver por entre esas nubes brillantes que adornan los cielos, tú que me oyes, y que lees en mi corazon, yo te doy gracias como á mi Criador, mi Padre y mi Bienhechor; te doy gracias de que me has puesto en un estado libre de las persecuciones del odio, de los horrores de la envidia, del contagio de los malos ejemplos, y de la seduccion de consejos peligrosos. Nada ha podido alterar mi razon, ni corromper mi alma. No he conocido ni la corte ni la ciudad; he sabido que existian aduladores ambiciosos, filósofos falsos, y hombres envilecidos por la ambicion, ó pervertidos por el orgullo; he llorado sus errores; este sentimiento ha alterado algunas veces el gusto de mis reflexiones, he tenido lástima de los perversos, y he vivido siempre léjos de ellos. Exenta de pasiones violentas, de diversiones falsas y tumultuosas, he pasado mi vida en la feliz oscuridad : mi felicidad ha sido tanto mas pura cuanto que nadie la ha envidiado; la inocencia, la paz, la amistad fiel, los tiernos sentimientos de la humanidad han llenado todas las horas de mi vida; he poseido los verdaderos bienes... y en este tremendo instante en que la memoria de lo pasado es el mayor tormento del perverso, los mas dulces recuerdos se presentan de golpe á mi imaginacion... considero con sumo gozo

que solo á la virtud he debido la felicidad tan pura que he gozado. ¡ Oh buen Dios, qué grande es tu bondad inmensa! Mandándonos que aborrezcamos y huyamos del vicio, nos enseñas el único medio de ser felices en la tierra, prometiéndonos ademas despues de esta frágil vida una inmortal recompensa.

Al acabar estas razones madama de S*** se dejó caer en los brazos de Mariana; el ardor con que habia hablado extenuó sus fuerzas. Mariana la miró, y al verla pálida, inmóvil y con los ojos cerrados, prorumpió en dolorosos gritos. Su ama volvió á abrir los ojos, y apretándole tiernamente la mano, le dijo : ¿ A qué viene ese temor? ¿ pues qué, Mariana mia, tú, cuya piedad es tan sincera, acaso no estás resignada?... Ya nos juntaremos, hija mia, para nunca mas separarnos... Sirvate de consuelo el ver mi tranquilidad... Espero que siempre tendrás un asilo en casa de mi marido. ¡ Infeliz! Ojalá yo hubiera podido dejarte otra cosa. Ademas de este, muero tambien con otro sentimiento; es menester que te lo diga... Aquí Mariana miró atentamente á su ama, y la atencion con que se preparaba á escucharla detuvo y suspendió sus lágrimas.



Bien sabes, continuó, que hay en el lugar una maestra de niñas para enseñarles á leer. La mayor parte de los vecinos pueden pagarla; pero hay bastantes pobres que no están en estado de dar el corto estipendio que exige por su trabajo. Si hubiese vivido algunos años

mas hubiera juntado el dinero necesario (esto es, cien escudos) para señalar una corta renta á esta maestra, á fin de que enseñase de balde á las niñas mas pobres del lugar. Pero pues que Dios no ha querido que yo tenga esta satisfaccion, debo someterme sin réplica á su voluntad. Al oír esto Mariana, como enajenada, cogió la mano de su ama, y exclamó diciendo: ¡Oh señora mia!... y no pudo proseguir atravesándosele el llanto; y levantándose madama de S*** apoyada en su brazo dió la vuelta al lugar.

Pocos dias sobrevivió á esta conversacion. Llegando su abatimiento y debilidad al último extremo, tuvo que hacer cama. Mariana entregada al mayor dolor no se apartó un instante de su cabecera; todos los criados de la casa se deshacian en lágrimas. El patio estaba siempre lleno de la gente del lugar, que venia á saber cómo estaba su señora y su bienhechora, y no se apartaba de la casa sino para ir á la iglesia á pedir á Dios con ansia la conservacion de una vida tan pura y preciosa. Finalmente siempre tranquila y resignada vió madama de S*** acercarse su última hora con aquella entereza que solo la religion puede dar, y Mariana recibió su último suspiro.

¡Ay Dios mio, exclamó Pulqueria llorando, qué será de la pobre Mariana!... — Las vigiliás, el cansancio y la pesadumbre causaron una funesta revolucion en su salud: cayó gravemente enferma; pero apenas estuvo convaliente cuando resolvió marcharse de S***. Dispuesto ya su viaje fué á la iglesia en donde estaba enterrada su ama, regó con lágrimas su sepulcro, y despues se fué á Charleville su patria, con mucho sentimiento del cura y vecinos de S***. No se oyó por espacio de dos años hablar de ella; pero pasado este tiempo recibió el cura de su parte una cajita con cien escudos, y una carta en estos términos: « Charleville, 24 de Setiembre de 1775. — Señor cura: Remito á Vd. « por fin los cien escudos que mi querida y digna señora deseaba, « como Vd. sabe, en sus últimos instantes. Gracias á Dios, su pos- « trera voluntad y la buena obra que habia proyectado tendrán « efecto. Si me hubiese quedado algun dinero de mas, hubiera yo « misma ido á llevar los cien escudos de mi ama, pero no me ha « quedado ni con qué pagar la mitad del viaje. Y con todo estoy « tan contenta cuanto puedo estarlo despues de haberla perdido, « y me siento aliviada de un peso terrible que me oprimia dia y « noche. Suplico á Vd., señor cura, que forme lo mas presto que

« pueda la pequeña renta á esa maestra. Me servirá de mucho « consuelo que esté en estado de enseñar á leer *grátis* á las « niñas pobres, y que todas las madres del lugar, y aun del con- « torno, que no pueden pagarla le envíen sus hijas. Espero que « todas esas inocentes y sus familias rogarán á Dios por mi ama y « su bienhechora, y que Vd., señor cura, les dirá cuánto la deben. « Ahora ya solo pido á Dios me conceda medios para volver á S***. « Luego que haya visto por mis ojos la escuela de caridad fundada « por mi querida señora no me quedará nada que desear en este « mundo. — Quedo de Vd. con el mayor respeto. — Señor cura. — « Su mas humilde criada. — Mariana Rambour. »

Quedó el cura penetrado de admiracion leyendo esta carta; su alma era de aquellas que saben apreciar la grandeza de una accion semejante. Al dia siguiente, despues de la misa mayor leyó en público la carta de Mariana. Su contenido hizo verter lágrimas á todos los vecinos, y el mismo cura, no pudiendo detener las suyas, tuvo que interrumpir várias veces la lectura... — Bien lo creo, dijo entónces César: ¡oh cómo hubiera yo llorado si me hubiese hallado allí!... pero, mamá, ¿se ha verificado la fundacion? — Seguramente. El cura ha puesto á ganancias los cien escudos; esta cantidad, fruto de las vigiliás y trabajos de Mariana durante dos años, ha producido una renta para la maestra de niñas que actualmente enseña *grátis* á todas las pobres de S***.

Ahora decidme, hijos míos, si esta accion no equivale á la de Ambrosio... — Yo, dijo César, prefiero Mariana á Ambrosio, porque la compasion movió á este á obrar naturalmente, y ademas el agradecimiento de madama de Varonne le iba recompensando al mismo tiempo. — Es muy cierto; en vez de que la sola veneracion que Mariana tenia á su ama la obligó á todos los sacrificios que Ambrosio habia hecho para mantener á madama de Varonne. La conducta de Ambrosio es digna de admiracion; pero la de Mariana es superior á cualquier elogio. Finalmente, para comprender todo el mérito de ella habéis de pensar por lo que Mariana ha hecho por su ama ya difunta, ¿qué no hubiera sido capaz de emprender por darle la vida? ¿Pero creéis, hijos míos, que la historia de Mariana se ha acabado? — ¿Pues qué, aun falta algo, mamá? — No echáis de ver que falta el desenlace? ¿No hemos convenido en que es imposible que una accion heroica tarde ó temprano no sea recompensada? — ¡Ah!

tanto mejor. Veremos á Mariana premiada, y aun no se ha acabado la velada; ¡qué gozo!... ¿y qué falta, mamá? — Falta que Mariana, despues de haber dado cuanto poseía, se puso á trabajar de nuevo, pero no con tanto ardor, porque solo trabajaba para mantenerse. Poco despues murió uno de sus parientes, que movido de la virtud de Mariana le dejó doscientas y sesenta libras de renta. Con esta corta herencia, y trabajando siempre, se halló Mariana rica en un país libre de toda imposicion, y que produce todo lo necesario á la vida; pero solo gastó para ella lo puramente indispensable, á fin de poder socorrer mejor á los pobres... — ¿Pues qué, mamá, interrumpió Carolina como pesarosa, doscientas y sesenta libras de renta componen todo el premio de la virtuosa Mariana? — Pero has de considerar que una persona de la clase de Mariana, con su trabajo y doscientas y sesenta libras de renta es mas rica en Charleville, que con veinte y cinco mil en la corte una madre de familias. En general toda fortuna superior á nuestra clase no nos puede hacer felices. — ¿Y por qué razon? dijo César. — Supon que tu lacayo Morel gane mañana dos millones á la lotería... — Pues bien, mamá, Morel será del todo feliz; si tiene buen corazon, hará mucho bien y buenas obras... — Aun suponiendo que este suceso no le trastorne la cabeza, que no le haga vano, orgulloso é insensato, no por eso dejará de ser infeliz. Morel sabe leer y escribir; es de los mejores en su clase; pero ¿qué figura hará en el gran mundo? ¿A qué mofa no se verá expuesto? ¿Cómo podrá cumplir con el trato de las gentes? ¿Cuál será su conversacion y su porte? ¿Podrá cuidar de su hacienda? ¿Podrá conocer si un administrador es inteligente, hombre de bien ó no?... Morel querrá casarse, no buscará seguramente ni una hija de un mercader, ni una labradora; escogerá una mujer amable, y bien criada en la apariencia; esta mujer tan solo se casará con él por su dinero; por consiguiente no será estimable, y solo le servirá de tormento; por lo que bien ves que Morel con cien mil libras de renta sería igualmente infeliz y despreciado. Supon por el contrario que no gane mas que doce mil libras. Con ellas compraria algunas tierras, se casaria con una graciosa labradora, honrada y laboriosa, y que llevase en dote algun poco de hacienda. Amado y obedecido de su mujer, viviendo con toda conveniencia, estimado de todos sus vecinos, porque es bueno, caritativo, y tiene mas instruccion de la que se halla regularmente en su clase, Morel

sería el mas feliz de los hombres... — Verdad es, mamá; pero si Morel ganando los dos millones no quisiese vivir en ciudad, ni salir de su clase, y emplease la mayor parte de su fortuna en hacer buenas obras, nadie se burlaria de él, y sería feliz... — Morel es muy hombre de bien, y en lo que supones le haces un filósofo y un héroe, y yo no creo que sea ni uno ni otro. Es menester tambien para seguir tu idea que su mujer é hijos sean tambien filósofos, sin lo cual no les dará gusto que pudiendo Morel conservar setenta mil libras de renta á lo ménos, solo se quede con tres ó cuatro mil, y el infeliz Morel no oirá en su familia sino quejas... — Pues bien, ¿hay mas de que no se case?... — ¿Y si él lo desea?... — Supongamos que no lo desee... — Nunca tendrá hijos; ¡si supierais de que gusto le priváis!... — ¡Ah, mamá mia!... Démosle una buena madre, y será feliz... — ¡Amable criatura!... Pero bien está, sea así, te concedo todo lo que dices. Supongo contigo que Morel tenga una tierna madre, y que con ella se retire á un lugarcito: que no conserve sino dos ó tres mil libras de renta, y que dé todo lo demas á los pobres; aun con todo esto no le faltarán pesadumbres... — ¿Y cuáles serán?... — No puede Morel conocer á los hombres, ni estar impuesto en los negocios; algun tramposo diestro y sagaz se apoderará de su confianza con pretexto de aconsejarle y dirigir sus miras benéficas. Morel se verá engañado, burlado y arruinado por semejantes gentes; al paso que procurará hacer bien, no conseguirá sino enriquecer á estos hombres astutos y perversos... — ¿Pero si solo se fia de gente de juicio y de bien?... — El número de estos por nuestra desgracia es muy corto. Por todo esto, considerad cuántas suposiciones extraordinarias, y aun extravagantes, hemos tenido que hacer para convenir en que Morel pueda ser feliz si el dia de mañana se hallase con cien libras de renta... — No tiene réplica; ahora conozco que para hacer bien no basta ser bueno, es menester ademas tener talento é instruccion: comprendo tambien por lo mismo que cualquiera que sale de su clase debe ser infeliz.

Al dia siguiente á esta conversacion César y sus hermanas hablaban entre sí, como tenian de costumbre, acerca de la historia de la última velada. No se cansaban de repetir el elogio de la virtuosa Mariana Rambour; pero á pesar de todo lo que les habia dicho sobre este punto su madre, no podian ménos de pensar